

# Réplica de Guillermo Valencia a don Lope de Azuero

Belalcázar, marzo 2 de 1921.

SEÑOR DON LOPE DE AZUERO

Bogotá

Grande y buen amigo:

VA ya para tres meses de milenaria intensidad, que tú alzaste cátedra de estética en la rebelde hoja de esa capital, y desde aquel feliz día dejaste partida en dos la historia de la poesía colombiana. Así como en la vida de los pueblos cristianos estos breves signos: *A. de J. C.* refieren a un momento preciso de la cronología lo sucedido con anterioridad al Renovador de la vida, y las letras *D. de J. C.* marcan posterioridad respecto del Maestro de los Maestros, en más modesta escala, aunque con no menor analogía, quedaron ya para nosotros distintamente indicadas las dos épocas de actividad métrica: la anterior a don Lope, y la que de él arranca: *A. de D. L.*; *D. de D. L.*, es decir, antes de que don Lope de Azuero diese a cada uno lo suyo, y después de compartirlo con tanto acierto y equidad.

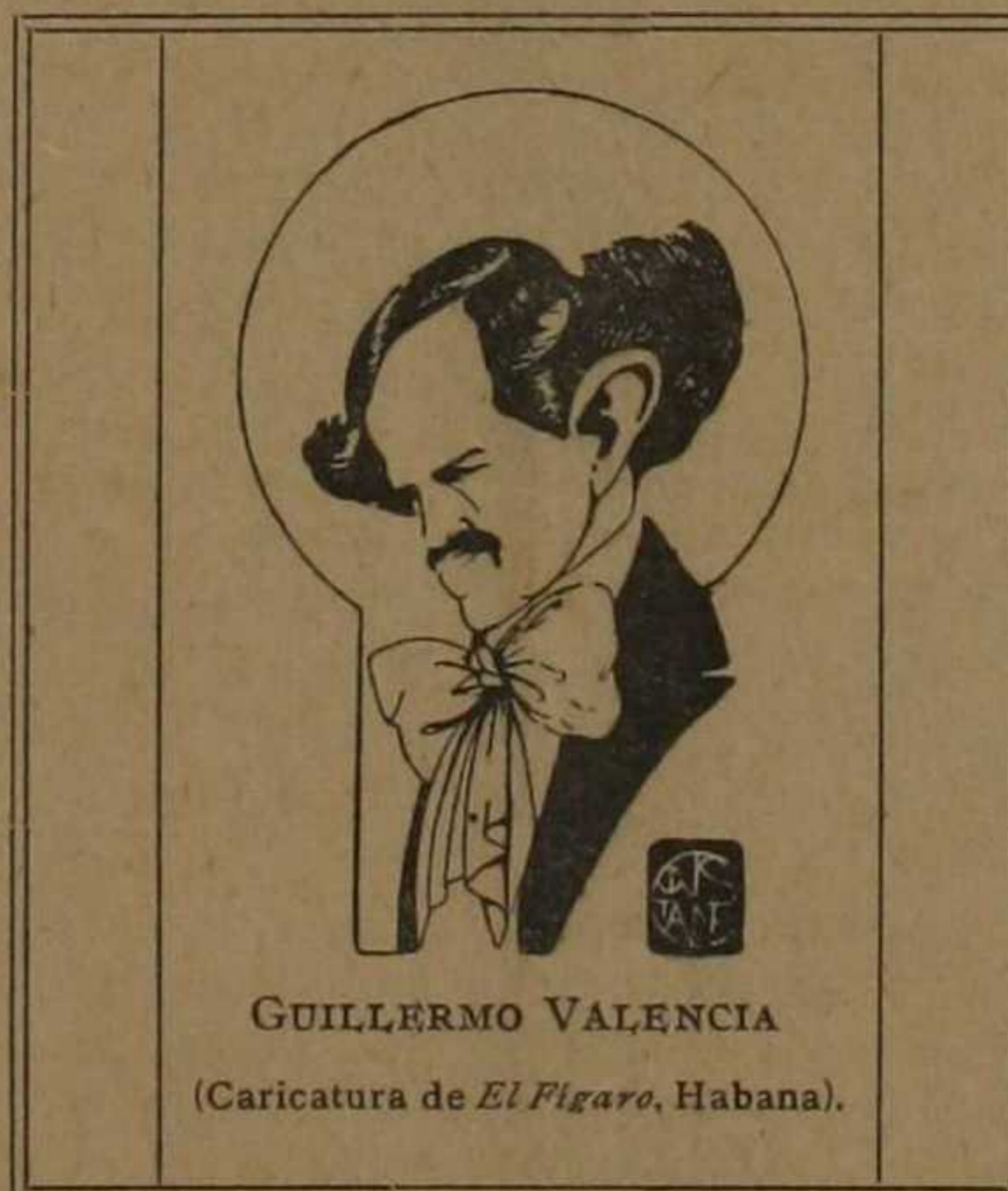
Hasta tu manera de aparecer conmovió profundamente los pobres cuclillos vocingleros. Cércate hasta el presente una atmósfera de misterio. A pesar del tiempo corrido, nos es más identificable *Máscara de hierro* que tú, espejo de críticos, y si algo nos consuela sintiéndonos desollar de tu apolína diestra, es saber que nuestras pieles servirán de escabel a tu gloria. *Caesar, morituri te salutant*, es la consigna de los que aún aguardan, para regocijo del público, el porrazo anonadante de tu maza, oh Maximino Hercúleo!

Estoy advirtiéndote ya tu disgusto por el tuteo. ¡Cómo evitarlo! Por Heredia sabemos ser privilegio del poeta tutear a los reyes, y qué otra cosa eres tú sino reencarnación de don Alfonso el Sabio, recorriendo los campos de Castilla, doquiera alzando su estrado trashumante para ejercitar inapelablemente la raigada noción de justicia, con tanto menesteroso, de tu luz y consejo! Tú propio te ofreciste al aparente desacato tratándome de modo tan cordial en tu fallo definitivo. Con tanta dulzura te insinuaste y delicadeza pusiste para hacerme sentir mi nulidad; con tal modestia expusiste y tanto acopio de erudición mostraste en mi servicio; tal amargura confesaste por tener que hacerme el fatal, irrevocable diagnóstico y, al propio tiempo, en guarda del buen gusto, del fuero idiomático, de personal conveniencia, del claro nom-

bre de la República literaria, por tan inexorable justificado modo me ajustaste la argolla del silencio, que no he podido menos de corresponder a tamaño gallardía, ecuanimidad y rectitud sino declarándome tu amigo. ¡Cómo no hacerlo!

*L'amitié des grands hommes est un bienfait de dieux.*

Inútil, alegar después de tus fallos. Tú sientes complacido tu poder incontrastable y te sonríes retando a quienes se sienten agraviados; no es en este sentido como parezco a tu llamada; es que aprovecho tu magnanimidad compasiva para oír descargos, antes de desvanecerme. Ese es rasgo de tu grandeza. Hasta a los crucificados antiguos



se permitía gustar el vino adormecedor con que manos piadosas engañaban sus dolores.

Antes de dar con mi pobre nombre, eriges un bello pórtico para entronizar debajo la grandeza poética que tú sublimas sobre todas las otras. Qué confusión experimento mostrándome en desacuerdo contigo! Grande cosa es la poesía, pero no es más que la forma graciosa en que culminan procesos anteriores de mayor trascendencia. Ella es solamente como la flor del árbol de la sabiduría. La inspiración poética no implica por sí misma fuerza mental creadora en el grado máximo, la que sólo se halla en las ciencias abstractas: el matemático creador es la antítesis del poeta, sólo aquel mortal dichoso juega con valores eternos. El concepto literario, en general, obedece a una ley de subordinación en la esfera de las actividades mentales, aunque pueda ir asociado, como en Leonardo de Vinci, a otra virtualidad más alta.

Ocurre algo más penoso todavía: los indígenas del Africa austral advierten la decadencia del león al notar en su eliminación alimenticia presencia de vegetales. Las páginas literarias han servido para determinar la decadencia creadora del tipo humano antivisual, filosófico y constructivo abstracto. El gran matemático D'Alambert, perdida ya a los cuarenta y siete años su facultad eximia, se hizo literato. Hume, Herder, Comte, Lotze, Fetchner, Schwan, reposaron en la blanda almohada del estilo sus cabezas fatigadas de abstraer. Desde este punto de vista la gloria literaria es de segundo plano; de allí que amando, admirando y deseando la inspiración suprema, disienta de ti en considerar al poeta como «Hombre del pacto con Dios». La existencia de los dioses es matemática, enseñó Novalis. Luego... Si en este grado estimo los grandes vates ya podrás colegir, amigo don Lope, en qué sitio tan humilde y esquivo al Pontificado, habréme de estar acurrucado en la mansión de Apolo. Por bien servido me daría majándole grano a Pegaso, ya que este altivo corcel sólo consiente divinos palafreneros. Fué Orfeo el primero, y él último Andrés Chenier; díjolo así quien lo sabía.

Cada palabra tuya aclara horizontes, restablece verdades olvidadas e impone las no sabidas. Por ti hemos rectificado nuestro concepto sobre Valmiki. Créase hasta ayer, es decir, durante un lapso de siglos (*A. de D. L.*), que el posible sacerdote veda a quien el mismo *Ramayana* atribuye la paternidad del poema, muy poco había tenido que ver con teogonías pérsicas, ya que su obra, si él la escribiera, hace parte de la epopeya india y, a igual del *Mahabarata*, relata encarnizadas y maravillosas contiendas ocurridas entre los guerreros y el pueblo, de un lado, contra la centralización asiática proclamada por los brahmines. Resulta ahora de tus investigaciones que Valmiki, además de haber cantado la reconquista de Ceylán por Rama, con el concurso del Rey de los moros, y amén de inventor del dístico sánscrito, disputó también las glorias de Ferduci, el poeta a quien se ha llamado «el Homero de Oriente», autor del *Shah Namah*, la epopeya nacional de Persia, la crónica histórico-fabulosa de sus antiguas dinastías, y memoria de la gran pugna entre los hijos de Irán y los turanios, libro que para Scott Waring es sólo un poema histórico, como la *Farsalia* de Lucano, animado con relatos fabulosos. Gracias a ti, óptimo don Lope, Valmiki es autor también de una obra cuyo nombre no citas y te reservas, acerca de las teogonías persas. ¡Qué hallazgo!

Nadie dijese que bajo la pomposa arquería que has erigido a los grandes